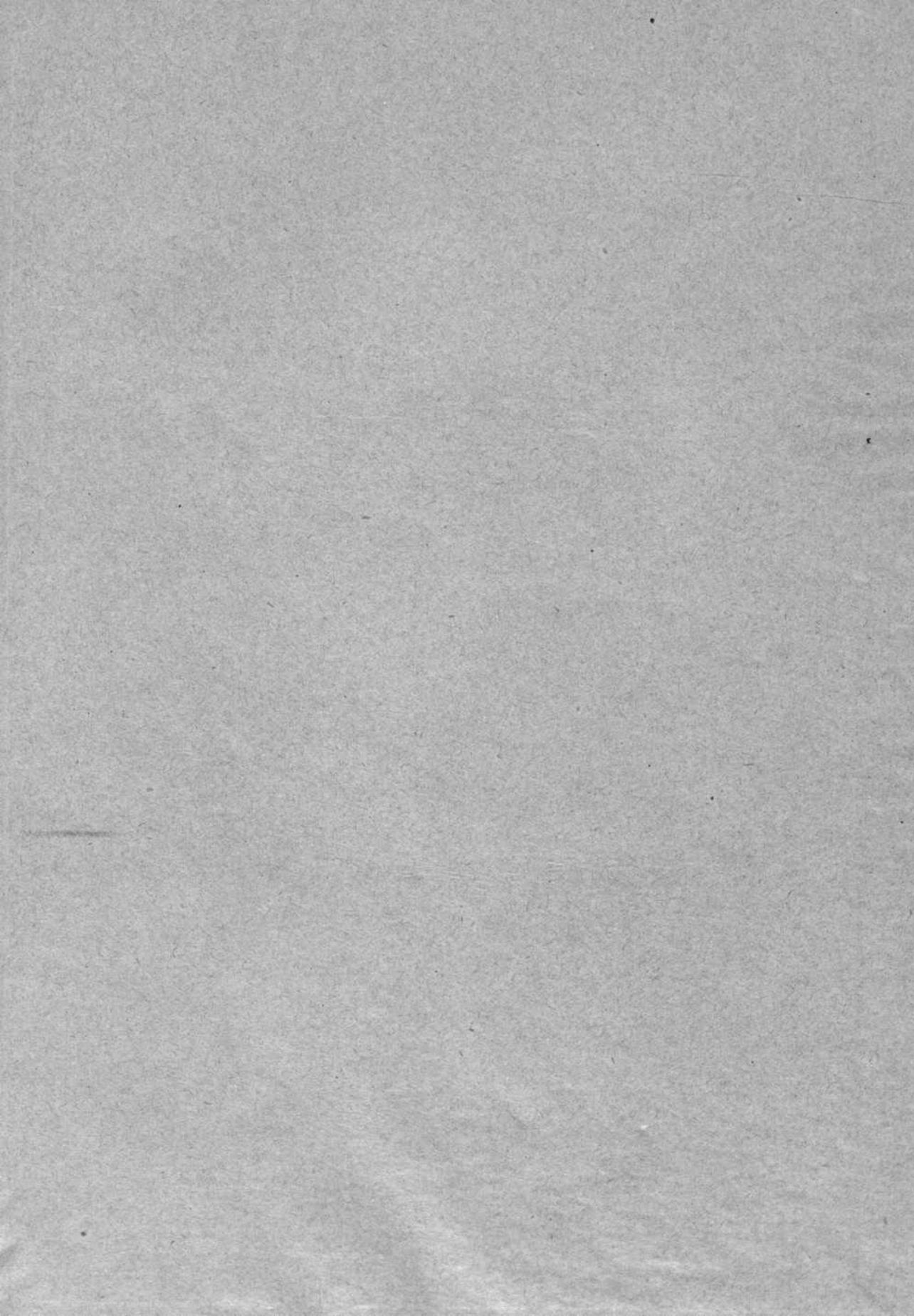


2.

DISCURSO





DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

Excmo. Sr. D. JOSÉ MARÍA ASENSIO Y TOLEDO

EL DÍA 9 DE JUNIO DE 1895



MADRID

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS
Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1895

DISCURSOS

LEÍDOS ANTE LA

REAL ACADEMIA DE LA HISTORIA

EN LA RECEPCIÓN PÚBLICA

DEL

Exemo. Sr. D. JOSÉ MARÍA ASENSIO Y TOLEDO

EL DÍA 9 DE JUNIO DE 1895



MADRID

IMPRESA Y LITOGRAFÍA DE LOS HUÉRFANOS

Calle de Juan Bravo, núm. 5.

1895

DISCURSO

DEL

EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA ASENSIO

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si en acto tan solemne fuera lícito dejarse llevar únicamente de los impulsos del corazón, de la satisfacción de los propios deseos, sin atender á otras muy graves consideraciones, ocuparía el tiempo en hablar tan sólo del Excelentísimo Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra y de sus interesantísimos trabajos, en la seguridad de tener ganadas con ello vuestra benevolencia y vuestra atención.

Porque Fernández-Guerra era una gloria de esta Real Academia, como fué también gloria de las letras españolas; y su memoria no se borrará nunca de ellas, ni podrá obscurecerse, conservada por obras ricas de erudición, de mérito relevante, varias en sus conceptos, tan profundas y al mismo tiempo tan agradablemente escritas, que si habrá algunas en nuestra literatura contemporánea que puedan igualarse con ellas, muy pocas serán las que logren ponersele delante. Pero el sabio Académico era además el amigo leal, el consejero, el hermano afectuoso de todos sus compañeros; y siempre se ha de escuchar con agrado cuanto se refiera á aquella elevada inteligencia, á aquel excelente corazón, y han de encontrar grata acogida en

este recinto todos los esfuerzos que se dirijan á enaltecer su memoria y á perpetuar su recuerdo.

Lloramos la pérdida de tan insigne patricio; todos deploran la falta del ilustre compañero; pero al par de los más lastimados ha de sentirla el que por extraño vaivén de la fortuna viene á sucederle en este honroso lugar. ¡Verdaderamente notables son los caprichos de la suerte! Cordialísima amistad nos había unido durante más de cuarenta años. En ese largo período Fernández-Guerra manifestó repetidas veces su deseo de que el que en este momento tiene la honra de ocupar la atención de la Academia tomara asiento en ella; deseo expresado con mayor vehemencia hace muy pocos meses, ¡que á tanto extremo le llevaba su acendrado afecto, obscureciendo tal vez el clarísimo juicio que le distinguía! ¿Quién hubiera podido decirle que en brevísimo tiempo había de ser su propia vacante la que viniera á ocupar aquel amigo á quien él noblemente trataba de favorecer, sin poder ostentar ninguno de los merecimientos con que él contaba y debiendo solamente á vuestras bondades esta alta distinción?

Cuantos en España se dedican al estudio de las letras, de las ciencias y de las artes, tienen noticia de la privilegiada inteligencia de D. Aureliano Fernández-Guerra, conocen sus obras y admiran su varia y copiosísima erudición, porque á todas las esferas del saber llevaba la luz de su talento, dando justificada ocasión para que ilustrados y célebres extranjeros¹ pudieran decir que era maestro en el

1 Mr. Antoine de Latour. — *L'Espagne religieuse et littéraire.* — París, 1863.

Mr. Emile Chasles. — *Michel de Cervantes.* — París, 1866.

arte de escribir, que su ciencia era universal. Natural parecía, por tanto, el deseo de estudiar en todas sus manifestaciones á tan eminente escritor. Sin embargo: por su carácter general sus trabajos participan siempre más de las condiciones literarias que de las puramente históricas, salvo ligeras excepciones; domina en ellos el buen gusto al par que la erudición; y su análisis, su apreciación, sus relaciones con los puntos más importantes de nuestra historia civil y literaria, para colocarlos en su verdadero lugar, dentro del cuadro que á cada uno corresponde, son demasiado complejos, y sin confusión por una parte, sin cansancio de los que nos escuchan por otra, no pudieran encerrarse en los límites de este discurso. Merecen y tendrán andando el tiempo, y ciertamente no ha de tardar mucho, el detenido estudio que corresponde á su importancia.

En sustitución de asunto de tal oportunidad, ninguno se presentaba más digno, más elevado, más simpático, y al mismo tiempo más propio de los fines concretos de esta Real Academia, que el de la personalidad de CRISTÓBAL COLÓN. Es el descubridor de las Indias Occidentales un héroe sin segundo,

La figura más grande de la historia,

como ha dicho un poeta ¹, que pertenece á España para su gloria y á la humanidad entera por la magnitud y trascendental grandeza de su obra. No parece posible decir nada nuevo acerca de su existencia, pero las circunstancias per-

1 CRISTÓBAL COLÓN. — Poema por D. José Lamarque de Novoa. — Sevilla, 1892.

miten añadir algún interés á lo que ya se conocía y nos han movido á aprovechar ocasión tan solemne para recoger con íntima satisfacción algunas de las opiniones vertidas por eximios escritores, que, lejos de contradecir las sustentadas por nosotros en libros colombinos de fecha reciente, les prestan autoridad y fuerza.

Dos años han pasado desde que se conmemoraba en todas las naciones el cuarto centenario de aquel momento sublime en que por vez primera la gloriosa bandera castellana tremoló en las desconocidas tierras de Occidente. Por la ilustrada iniciativa de nuestra patria, á la que eficazmente coadyuvó esta Real Academia, aquella conmemoración tuvo un carácter científico que ha de hacerla imperecedera. En todas las naciones civilizadas los más conocidos escritores se dedicaron por algún tiempo al estudio de tan gran acontecimiento, considerándolo bajo distintos aspectos. En aquellos países donde CRISTÓBAL COLÓN dejó huellas de su paso, se buscaron noticias, tradiciones y documentos que, dados á la estampa, han venido á aumentar el prestigio de la personalidad del descubridor, si esto éra posible, á facilitar el conocimiento de sus viajes, contribuyendo á que puedan conocerse á mejor luz y con mayor verdad muchos de los pormenores de aquella grandiosa empresa, que hasta ahora se apreciaban por conjeturas ó se fundaban en indicios, deducciones y probabilidades.

Algo podrá estimarse que falta todavía; mas pasado el momento febril de la celebración del cuarto centenario, conocidos y reunidos muchos nuevos materiales en libros y documentos, parece oportuno, y aun es necesario, hacer alto

por algún tiempo, volver atrás la vista, y como natural complemento de tan universal manifestación, sintetizar en breve lo mucho que se trabajara, presentar en conjunto el fruto de tantas vigiliass, de los estudios dignos de ser conocidos; y de ninguna manera puede obtenerse el resultado con mayor aprovechamiento, á nuestro entender, que partiendo del principio, presentando á COLÓN en la historia, toda vez que á esclarecer los sucesos memorables de su existencia, á discutir y enaltecer sus merecimientos y conmemorar su glorioso viaje, poniendo en claro la participación que en él tuvieron los valerosos marinos de España, y dando el merecido aplauso á cuantos le ayudaron á realizar el pensamiento y el condigno castigo á los que por ignorancia, por envidia ó por otras pasiones pusieron dificultades, retardaron la ejecución del proyecto ó fueron enemigos del genio que lo concibiera, se han dirigido en su mayor parte los trabajos de investigación.

¡Oh! ¡Si las fuerzas pudieran alcanzar hasta donde llega la voluntad! ¡Si nos fuera dado hacer pasar al ánimo de cuantos nos escuchan la convicción que abriga nuestro entendimiento! Pero como es materialmente imposible hacerse cargo en breve espacio del gran movimiento producido en la opinión al aproximarse el centenario, ni menos reducir á estrechos límites los grandes resultados que ha producido; necesario es que nos concretemos por hoy, aunque con har to sentimiento, al examen de alguno de los puntos más importantes sobre que ha girado la discusión y acerca de los que se han hecho trabajos más notables, ó se han aducido documentos nuevos que aclaran de una vez cuestiones históricas de interés ó ponen á los hombres pensadores en

otras vías de investigación y estudio, en camino seguro de encontrar la verdad.

Repetidas han sido muchas veces las elocuentes palabras del clérigo capellán del gran Hernán Cortés, el historiador Francisco López Gómara, cuando escribía que *la mayor cosa después de la creación del mundo, sacando la encarnación y muerte del que lo crió, es el descubrimiento de Indias*¹. Fué un momento supremo en la historia de la humanidad; el punto crítico, decisivo, en que por obra de la ciencia se hizo la revolución más profunda, más trascendental, poniéndose los hombres en posesión de los medios tan ansiados de poder apreciar todas las maravillas del globo.

La idea no era nueva. Desde los tiempos más remotos de que se conservan memorias históricas, y aun envuelta en el simbolismo de la fábula, se manifestó en los hombres la aspiración de conocer por completo el planeta que habitan, de gozar sus producciones, de comunicarse con todos los seres que lo pueblan. El deseo era constante; se patentiza en todos los tiempos por los sucesivos movimientos de los pueblos para adelantar en aquel conocimiento; y ¡cosa extraña! siempre hacia los países de Occidente²; como si por intuición se comprendiera que allí estaba el porvenir

1 *Hispania victrix.—Primera y segunda parte de la Historia general de las Indias.*—Zaragoza, 1552.

2 *Histoire de la géographie du Nouveau Continent.*—Par Alexandre Humboldt. —Paris, Legrand, s. a. (1834).—Tome première, section première.

de la humanidad; como si Dios hubiera puesto en el entendimiento del hombre la noción de que siguiendo el curso del astro del día, se haría dueño del secreto de la creación y conocería todos los climas y todas las razas.

Estudiando esa marcha progresiva se sigue también paso á paso la generación del gran pensamiento que llegó al punto culminante de su desarrollo en el siglo xv, en el siglo que con propiedad se denomina de los descubrimientos.

CRISTÓBAL COLÓN no fué un hombre, fué una idea. Su importancia nace de haberse apoderado de la aspiración de su época; haber personificado aquel pensamiento, que por dondequiera se sentía; haber sintetizado en su cerebro la evolución de la ciencia en aquella edad, y haber tenido convicción, entusiasmo y valor para llevar la teoría al terreno de la práctica, dándole una dirección fija, venciendo cuantas dificultades se opusieron y á través de todos los obstáculos. El descubrimiento produjo adelantos materiales de incalculable trascendencia; los adelantos morales y científicos fueron más extraordinarios todavía, y sus inmensos resultados aun no han llegado á las últimas consecuencias.

Cuando un hombre condensa en su mente la idea predominante en un período histórico, cuando la abarca en su inteligencia, la perfecciona, le da vida y á ella se sacrifica con el valor del mártir de la ciencia, se le llama genio y ha merecido en todo tiempo la admiración debida á su superioridad.

Fué COLÓN el genio del siglo xv, el genio de los descubrimientos. Imaginémosle después de largos viajes, de laboriosas meditaciones, de estudios y de experiencias sin cuento, cuando había concebido el grandioso, el peligrosí-

simo, el entonces incomprensible proyecto de buscar el Oriente caminando hacia Occidente; cuando lleno su cerebro de tan gran idea y con la mirada soñolienta, vaga, abstraída del hombre pensador, se decidía á correr por las naciones más poderosas buscando el apoyo que necesitaba para la realización de sus planes. ¡Cuán extraño debía parecer vagando por aquellas cortes y ciudades llenas de hombres de armas, de guerreros que simbolizaban el carácter de aquel momento de la Edad Media en nuestra patria, el sabio pobre, ensimismado, que hablaba de ciencias y de dirigirse al país de las especias, de los perfumes y de los diamantes, envuelto en *una capa raída*, aunque llevaba en su cabeza el pensamiento de la Edad Moderna!

Siete años duró la lucha de lo antiguo con lo nuevo; y la convicción científica, la fe en el resultado, sostuvieron inquebrantable la perseverancia del marino. Mucho pedía, pero era porque mucho esperaba. Con trabajo y diligencia se han seguido, en cuanto es posible, los pasos de COLÓN en aquel largo período, explorando sus vicisitudes, sus esperanzas, sus desfallecimientos y sus temores; las calificaciones que mereciera su opinión, sus adelantos y sus contratiempos. Á nuestro propósito en este punto basta sólo fijar la consideración en un dato importantísimo, decisivo, que por nadie ha sido negado ni puesto en duda. En esos años, todos ellos de preparación y disensiones, de repulsas, desdenes y hasta de burlas, muchos le calificaron de ignorante, demente y visionario; se opusieron á sus cálculos razones teológicas, científicas, históricas, supersticiones, delirios, cuentos y aun narraciones fantásticas; pero á nadie se le ocurrió decir que el proyecto no era nuevo, que el viaje por el *mar tene-*

broso era fácil, ni aun siquiera posible, ni mucho menos que las tierras que luego fueron descubiertas eran conocidas ó siquiera sospechadas. Semejante argumento no aparece en parte alguna hasta que el descubridor regresó de su primer viaje.

Observación es esta de mucha importancia y que no perderemos de vista al apreciar debidamente ciertos datos que de nuevo se han traído á la discusión. CRISTÓBAL COLÓN, durante siete años, fué para todos un marino atrevido que caminaba á una perdición segura; para muchos un loco. Encontró al cabo inteligencias superiores que apreciaran sus elevadas concepciones, corazones magnánimos que comprendieran su genio y ayudaran á sus planes; esforzados varones, intrépidos navegantes que, seducidos por su palabra, expusieran vidas y haciendas en beneficio de la civilización y le siguieran en su extraordinaria empresa; y aunque hubo también espíritus apocados que mostraran temor, caracteres tímidos y de corto vuelo que presintieran desgraciados accidentes, y otros que, apegados á las ideas de antiguo miradas como verdaderas, dieran cabida á la desconfianza y á la duda, á ninguno le ocurrió aventurar ni aun la sospecha de que COLÓN quería aprovecharse de pensamientos ajenos, ni seguir viajes realizados por otros navegantes.

El Viernes 12 de Octubre de 1492 fué un gran día en la historia de la humanidad; ¡fué el día del triunfo para CRISTÓBAL COLÓN y para España! Arrostrados los peligros que la ignorancia, la superstición y el miedo habían acumulado

en el llamado hasta entonces *mar tenebroso*; vencido el temor de lo desconocido; arrancado su secreto al Océano que lo guardara durante tantos siglos, el marino genovés, ayudado por animosos españoles, y con tres pequeños barcos salidos de un ignorado puerto de Andalucía, descubrió al amanecer de ese día una isla de maravilloso aspecto, situada á más de mil leguas de las costas de Europa y cuya existencia, de nadie sabida, había sido tan negada, tan combatida, tan dudosa. Al otro lado del Océano había tierras desconocidas de los europeos, aunque no eran el extremo del Asia que se buscaba. La demostración quedaba hecha; el gran paso estaba dado.

El desembarco en Guanahaní fué el suceso memorable; los demás viajes, sus consecuencias. Desde allí, desde aquella pequeña isla pudo pasarse al gran continente occidental; desde allí la hermosa bandera de Castilla, que CRISTÓBAL COLÓN con sus cien españoles clavó en las primeras tierras de las Indias, pasó á ondear triunfante en los grandes imperios de Motezuma y Atahualpa, y pudo dar la vuelta al mundo con Hernando de Magallanes y Juan Sebastián Elcano.

Se realizó en aquel momento la revelación del Occidente desconocido, del hemisferio ignorado; á las tres carabelas y á sus heroicos tripulantes debemos los inmensos adelantos de la Edad Moderna, así como se debe el árbol elevado, frondoso y corpulento, con su bienhechora sombra y su sólida y preciosa madera, al que puso en tierra la menuda, casi imperceptible semilla; y así como de las primeras hojas que con informes caracteres y el propósito de imitar las escrituras de mano se estamparon en Maguncia por

Gutenberg, son hijas todas esas obras admirables que difunden la ilustración por los ámbitos del mundo, que conservan de una manera imperecedera los adelantos de las ciencias y de las artes; y hasta la rápida, importantísima é inapreciable comunicación del pensamiento que se hace cada día entre todos los pueblos y naciones por medio de la prensa periódica, y los millones de libros que circulan por ambos hemisferios señalando y asegurando para siempre las conquistas de la civilización y la libertad del pensamiento.

La ciencia y el valor tuvieron su triunfo en el momento del desembarco. Pero su confirmación, su segunda parte, se vió en el efecto moral sobre los pueblos que presenciaron tan portentoso acontecimiento.

Unánime fué el grito de admiración en Europa; los honores que se tributaron á los descubridores jamás conocidos. España entera se conmovió profundamente. El camino que siguieron el Almirante y sus compañeros desde Sevilla á Barcelona fué una marcha triunfal, saliendo los pueblos á su paso para aclamarlos y conocerlos. De parte de los Reyes Católicos la manifestación de gratitud estuvo á la altura del extraordinario suceso. Después de haber escuchado de boca de COLÓN las circunstancias todas del fabuloso viaje, dieron gracias á Dios solemnemente por los favores recibidos, y dispensaron al Almirante la más absoluta confianza, colmándole de honores. El entusiasmo por el descubrimiento llegó en todas las clases sociales al mayor grado de exaltación.

Es ley de la naturaleza que todo lo que llega al apogeo comience á entrar en período de descenso; después de

haber tocado los astros en el zenit, por fuerza bajan hacia el ocaso. Poco duradero es de suyo el entusiasmo, y la gloria que en él se funda participa de la misma condición. Dos elementos de injusticia empezaron desde el punto mismo de la salida de la segunda expedición á minar la fama de CRISTÓBAL COLÓN y querer anublar el esplendor del descubrimiento: la ignorancia y la envidia.

Los que durante siete años habían juzgado insensata la teoría del marino, porque no se ajustaba ni cabía en los estrechos límites de sus escasos conocimientos; los que al verle partir con sus insignificantes carabelas deploraban la suerte de aquellos intrépidos marinos españoles que le siguieron y que les parecían conducidos á una muerte cierta, en vez de confesar su humillación y de alegrarse del vencimiento, elevándose á la altura de la arriesgada empresa, encontraron más cómodo reducir las proporciones de ésta, buscando el modo de rebajar la figura del Almirante al nivel de sus exiguas personalidades.

De otra parte, y por más que sea doloroso decirlo, la envidia dejó ver su amarillo semblante al lado del rostro de COLÓN, bañado con la luz de la inteligencia, rodeado del nimbo de la gloria. No puede ponerse en duda que la cualidad de extranjero le perjudicó muchas veces en sus relaciones con algunos funcionarios de la Corte, como lo dice sin rodeos el Padre las Casas, y más todavía cuando tuvo diferencias y cuestiones con algunos. Fueron muchos los que sintieron celos de aquella gloria nueva y esplendente, que había arrebatado en poco tiempo el favor de los reyes y el aura de la popularidad, recordando que pocos meses antes era muy diferente su estado y más humilde su situación.

Y empezaron á circular, aunque tímidamente, las hablillas y las invenciones; se acogieron luego como probables cuantas fábulas pudo formar la imaginación de los descontentos, y corrieron entre ellas muy vagas é informes, y como si no se les diera crédito, las noticias más absurdas, pero que podían perjudicar al descubridor aunque carecieran de fundamento.

Entonces también comenzaron á susurrarse las pueriles narraciones de los precursores; mas, como dijo discretísimamente el escritor lusitano Pinheiro Chagas, cuya reciente pérdida ha sido tan lamentada ¹, nacieron cual aquel *venticello* apenas perceptible, puesto tan originalmente por Beaumarchais en boca de su *Don Basilio*, é inmortalizado por la inspiración de Rossini: *el rumor de la calumnia fué corriendo, soplando, transformándose poco á poco, hasta convertirse en tormenta.*

La conseja del piloto que murió en la casa de CRISTÓBAL COLÓN y le comunicó el secreto de la existencia de tierras al Occidente, surgió anónima. Aquel desventurado no tuvo al principio nombre ni patria: no se sabía ni aun el punto adonde llevaba su barco, si á la isla de Madera, á las costas de África ó á Inglaterra. Tan vaga empezó la calumnia. De tan ligero principio se fué formando la ficción. Se levanta una tempestad horrible, tempestad de teatro, de novela, según la ha llamado con tanta razón como gracia el citado escritor Sr. Pinheiro Chagas, y lleva al pobre piloto, des-

1 *Supuestos precursores de Colón.*— *El Centenario*, núms. 10 y 17.

pués de un mes de furiosa borrasca y perdido todo rumbo, derechamente á la isla de Haiti, que luego fué Española ó de Santo Domingo; mueren allí todos los tripulantes, quedando por casualidad el número indispensable para el gobierno de la nave. “Llegó á una tierra maravillosa, llena „de prodigiosas riquezas; pero ni plantas, ni oro, ni anima- „les trajo de allí. Sólo metió á bordo agua y leña; ¡qué „hombre tan previsor! „

Fué tan benigna la tempestad, que ella misma le condujo de nuevo á España, pues, según el Inca Garcilaso, patrocinador y acrecentador de la fábula, el piloto *se volvió á tiento, sin saber el viaje tampoco á la venida como á la ida*¹..... y apenas si tuvieron tiempo de desembarcar en la casa de CRISTÓBAL COLÓN, no están de acuerdo si en Madera ó si en Lisboa, contarle cuanto habían visto y morirse todos, sin quedar ni uno solo para atestiguarlo. Gómara y Gaspar Fructuoso, que hablaron de esto, dicen terminantemente, “sin haber memoria de donde era ni „como se llamaba el piloto „². Acosta, Garibay y Mariana cuentan lo mismo, sin nombrarlo tampoco; y Gonzalo Fernández de Oviedo, que recogiendo toda clase de narraciones, aun las más infundadas, fué el primero en dar cabida á tal cuento en su libro³, aunque en nada se mostró favorable á COLÓN, se expresó en estos términos, muy dignos de que se fije en ellos la atención: “Unos dicen que este

1 *Comentarios reales de los Incas*.—Lisboa, Pedro Crasbeeck 1609.—Libro I, cap. III.

2 *As saudades da terra*.—De Gaspar Fructuoso.

3 *Historia general y natural de las Indias*.—Madrid, imp. de la Real Academia de la Historia, 1851.—Lib. II, cap. II, pág. 13.

„maestre ó piloto era andaluz; otros le hacen portu-
„gués; otros vizcaíno; otros dicen que COLÓN estaba en-
„tonces en la isla de la Madera, é otros quieren decir en
„las de Cabo Verde y que allí aportó la carabela que he-
„dicho, y él ovo por esta forma noticia desta tierra. Que
„esto passase assi ó no, ninguno con verdad lo puede afir-
„mar; pero *aquesta novela assi anda por el mundo* entre
„la vulgar gente en la manera que es dicho. *Para mí yo lo*
„*tengo por falso*, y, como dice el Augustino, mejor es
„dudar en lo que no sabemos que porfiar en lo que no
„está determinado.” Y á este propósito ha hecho una dis-
cretísima observación, que es concluyente, un renom-
brado americanista ¹: si el piloto náufrago y los mari-
neros que con él se salvaran murieron en la casa de COLÓN
á poco de haberle comunicado su secreto; si éste cierta-
mente no iría á revelarlo después; si nadie los conoció, ni
con nadie hablaron, ¿por dónde adquirieron la noticia los
enemigos del Almirante?

Tal es el fundamento, la manifestación primera de la
calumnia que lanzaran al viento la envidia ó la ignorancia.
Nació anónima. Ninguno de los primitivos historiadores le
dió crédito. Sólo más de un siglo después se ofrece por el
Inca Garcilaso el nombre del piloto con su patria: “*era*
„*natural de la villa de Huelva, en el Condado de Niebla,*
„*llamado Alonso Sánchez de Huelva*.” ². No expresó el
historiador el archivo donde había cosechado tales noti-

¹ *El Nuevo Mundo descubierto por Colón, comedia de Lope de Vega*. Artículo de D. Antonio Sánchez Moguel en *La Ilustración Española y Americana*, 1892.

² *Comentarios reales*.—Loc cit.

cias, ni durante cuatro siglos se ha encontrado mención alguna de tal piloto. Sin embargo, el fantástico personaje ha tenido fortuna, y aquella primera invención de los envidiosos encuentra todavía quien la reproduzca y tenga el propósito de prestarla crédito; ¡fenómeno extraño en nuestro tiempo, tan ávido de que no se consignen en la historia sucesos que no se apoyen en documentos! Á pesar de ello, muchos pensadores consagraron las fuerzas de su ingenio á deducir probabilidades de verdad en ese cuento ¹, cuyo juicio definitivo formula tan razonablemente el citado publicista portugués en estos términos:—“De todas las nove-
„las inventadas por cuantos han pretendido empequeñecer
„la gloria de COLÓN, ninguna que tenga un carácter de fal-
„sedad más evidente que la de Alonso Sánchez. „

Apreciación mucho más general y compleja, pensamiento mucho más profundo encerró en breves frases la privilegiada inteligencia de nuestro doctísimo Director, cerrando con su poderosa dialéctica, y para siempre á nuestro enten-

1 Entre otros pueden verse los trabajos siguientes:

Cristóforo Colombo in Portogallo.—Studi critici de Prospero Peragallo.—Genova, typ. de l'Istituto di Sordo-muti, 1882.

De la part prise par les Portugais dans la découverte de l'Amérique.—Par Luciano Cordeiro.—Lisbona, Christovao A. Rodriguez, 1892. — *Mémoire dans le Congrès international des americanistes.* — Nancy, 1875.

Cristóbal Colón y Alonso Sánchez, ó el primer descubrimiento del Nuevo Mundo.—Por el Dr. D. Baldomero Lorenzo y Leal, Canónigo de la Colegial de Jerez de la Frontera.—Jerez, imp. de *El Guadalete*, 1892.

La tradición de Alonso Sánchez de Huelva.—Informe leído en la Real Academia de la Historia por D. Cesáreo Fernández Duro, 1892.—*Boletín de la Real Academia*, tomo XXI, 1893.

der, la puerta á tan arbitrarias suposiciones ¹. “Prodigio
„verdadero de fe racional, decía, no halló por casualidad
„el orbe nuevo, como tantos han hallado las cosas, sino que
„decididamente marchó á poner sobre él las manos. Aque-
„llo de que del Occidente se caminase directamente al
„Oriente, súpolo por el raro esfuerzo de su entendimiento,
„cual nadie lo había sabido, sino todo lo más sospechado
„hasta él..... Dióle con su calculada victoria un triunfo á la
„razón humana, que nunca le habrían dado, por cierto, ni
„anteriores ni posteriores navegantes al desconocido hemis-
„ferio, llevados por obra de su impericia ó su desgracia, y
„más dignos que de gloria, de compasión como cualesquiera
„otros náufragos. ¿Concíbese que enfrente del excelso mé-
„rito de COLÓN se ose poner al de descubridores más ó me-
„nos auténticos, pero siempre inconscientes, casuales é
„ígnaros?”

También han vuelto á ponerse en estudio, en el deseo de aquilatar todo lo que el centenario despertara, los conocimientos geográficos y las relaciones comerciales de los pueblos de la antigüedad y las nociones que pudieran tener del hemisferio occidental, señaladamente los fenicios; é igualmente el descubrimiento y colonización de los islandeses por las costas del Labrador en el siglo x; viniendo á sacar, por conclusiones de sus trabajos, la crítica ilustrada é imparcial, que ninguno de esos hechos, aun concediéndoles el mayor grado de certeza, puede relacionarse directa

1 Conferencia inaugural pronunciada en el Ateneo de Madrid, el día 11 de Febrero de 1891, por el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo.

ni indirectamente con el descubrimiento de CRISTÓBAL COLÓN, ni empañar su gloria.

Por mucha importancia que se les atribuya, es evidente que ni el comercio de los fenicios y de otros pueblos, caso de que fueran fundadas las conjeturas del Barón d'Ouffroy Taron, ni las expediciones de los escandinavos al mando de Bjorn y de Leif, hijo de Eric *el Rojo*, consignadas en los códices que se conservan en el Monasterio de la isla de Flatey ¹, fueron duraderas, ni produjeron efecto alguno en la civilización del mundo antiguo. Pero la más importante es la última deducción; de ninguna manera pudieron servir de precedentes á los descubrimientos hechos por los portugueses y los españoles en el siglo xv, ni relacionarse con el pensamiento de CRISTÓBAL COLÓN, porque nadie ha tenido noticia de ellas hasta casi nuestros días.

En otro orden de ideas también ha sido amplísimo y por extremo importante el trabajo del centenario, y ha venido á poner de relieve bajo distintos conceptos los méritos de CRISTÓBAL COLÓN, haciendo resaltar su personalidad. Con el vehemente anhelo de completar el estudio de los conocimientos geográficos y astronómicos en el siglo xv, de apreciar el estado de los adelantos matemáticos, y cuanto en ciencias y en artes se relacionara con el descubrimiento, se ha puesto en tela de juicio la ciencia del descubridor,

1 *Antiquitates americanæ, sive scriptores septentrionales rerum anti-columbianarum in America.* — Edidit Societas Regia antiquariorum septentrionalium. — Hafniæ. Typis officinæ schultianæ, 1837.

su instrucción en todos los ramos del saber, comparándolo á sus contemporáneos, sus viajes, su pericia, y de un paso en otro hasta las condiciones de su carácter, fe, generosidad, constancia y lealtad; viniendo á discutir como consecuencia la mayor ó menor disculpa que puedan merecer los actos crueles de que fué objeto por parte de sus enemigos en varios períodos de su azarosa existencia, y que por tanto tiempo han venido mereciendo severo juicio á todas las generaciones.

Para calificar el alcance de su alta inteligencia, admirar su saber profundo y medir sus conocimientos, haciéndolo con brevedad y de una manera brillante; para rebatir con autoridad casi irrecusable cuanto en contrario se ha escrito, parécenos muy bastante el recuerdo de los hermosos conceptos en que sintetiza su juicio nuestro admirable Echegaray ¹ : “Para descubrir nuevas tierras, dice, sólo „se necesita mucho corazón y corazón de navegante, con „buena suerte por añadidura; para lo que pretendía COLÓN „se necesitaba por entonces ser lo que el imortal genovés „era: un genio. Para lo primero, cualquiera de sus heroicos compañeros era bastante. Para lo segundo sólo hubo „uno, que fué COLÓN..... Buscar camino para las Indias „orientales *volviendo la espalda á las Indias mismas*, y „alejándose de ellas mirarlas en dirección contraria, *encorvando* el pensamiento, la voluntad y el deseo alrededor „de todo un mundo con el ceñidor sublime de una idea que „abarcaba un planeta cuyo tamaño se desconocía; decir yo

1 *Colón y sus contemporáneos* por D. José Echegaray. — *El Liberal* 12 de Octubre de 1892.

„iré á Oriente caminando hacia Occidente, esto es lo mara-
„viloso, lo estupendo, lo que constituye la verdadera glo-
„ria del prodigioso genovés: sí, que al pensar en esto se
„siente el escalofrío del infinito!„ “COLÓN no era un descu-
„bridor más ó menos osado y *en línea recta*. No iba hasta
„cansarse; iba *hasta cerrar el círculo* por las Indias;
„¿qué importa que él no atase los dos extremos? Otro pudo
„hacerlo materialmente con gran gloria suya, es verdad,
„pero fué cuando COLÓN había entregado á la raza humana
„las dos puntas del ceñidor.„

No se puede decir más en menos palabras. Así juzgan los hombres eminentes de las ciencias del siglo XIX al sabio del siglo XV. De las manifestaciones de su fe, de las pruebas de su valor heroico, de los destellos de su generosidad, llenas están las páginas de su gloriosa vida. No es necesario recordarlas, que vivas están en la memoria de todos.

El cuarto centenario del descubrimiento ha sido el monumento moral levantado á la memoria del descubridor por todos los pueblos civilizados. Ha sido la apoteosis del genio, el cántico de agradecimiento de la humanidad entera á su bienhechor. Á uno y otro lado de los mares se ha celebrado con igual entusiasmo esa fecha solemne; en Méjico y en la República Argentina, en Portugal, en Italia y España, se han publicado *Homenajes á Colón*. Ciertamente que no han faltado entre tantos aplausos, en uno y otro continente, espíritus de excepción, hombres pensadores, que bien por no avenirse á formar sus juicios sobre lo que otros han discurrecido, por no conformarse sin examen con el parecer ajeno, aunque aparezca revestido de gran autoridad, bien por sincero amor á la justicia y á la investigación de la verdad,

han manifestado dudas y buscado explicaciones para algunos de los hechos que venían admitidos como verdades incontrovertibles.

Era natural, aunque extraña en el momento en que se produjo, esa nota de sombra; era necesario ese punto obscuro y discordante, y antes que rebajarla y amenguar su prestigio y valía, ha contribuído á la mayor gloria de COLÓN y de sus compañeros, purificándola en nuevo crisol; viniendo al cabo á quedar reducida, por la conciencia universal, al terreno que verdaderamente le corresponde.

Todos han llenado su misión. Porque en las letras y las ciencias, como en las artes, sin el claroscuro no se fijan los términos ni se rompe la monotonía; con las sombras adquieren relieve las figuras y se hacen destacar con mayor fuerza; la ley de los contrastes había de cumplirse; y como dijo un poeta, es gran verdad que la noche hace apreciar mucho más la claridad del día,

Que sin tinieblas tendría
El mundo la luz en menos.

Preciso se hace, aunque sea verdaderamente sensible, que dejemos de ocuparnos de los escritores extranjeros que, por causas muy diferentes, han venido á discutir las glorias de los descubridores por ofender las de España, y han desnaturalizado el carácter de CRISTÓBAL COLÓN y sus relaciones con los Reyes Católicos; y lo sentimos tanto más, cuanto que algunos llegaron á tal grado de exageración, que harían ameno este discurso con la sola referencia de los suyos ¹.

1 Solo citaremos como curiosidad alguna de estas obras:

A history of the character and achievements of the so-called

Á tantas arbitrarias proposiciones responderíamos en serio con un ilustradísimo colombista ¹. — “Que si escritores de „ varios países, tomando la parte por el todo, lo individual „ por lo general, han podido fundamentar cargos de ingratitud y de crueldad contra la España de otro tiempo, la „ España de hoy, depurando en el crisol de la justicia y en „ el tamiz de la generosidad las humanas impurezas de que „ nadie puede estar exento..... vindica unánime para ella la „ sagrada memoria de COLÓN: reverentemente se postra ante „ los manes ilustrísimos del eterno y glorioso Almirante.....”

En los escritores españoles ha habido otro móvil más digno y levantado; se ha sentido herida la fibra más delicada y que siempre responde con ardor cuando se la toca. Han creído que ante la gloria de COLÓN se rebajaban las de España; han juzgado que para aumentar el esplendor de sus hechos se dejaban en la obscuridad ó se miraban con menosprecio hechos heroicos de ilustres hijos de nuestra patria, y en este concepto han entrado en la liza muy reputados americanistas aportando las armas de su copiosísima sabiduría. Creyeron lastimado el noble sentimiento del patriotismo, creyeron á nuestros héroes víctimas de la injus-

Christopher Columbus, by Aaron Goodrich. — New-York, 1874.

An inglorious Columbus, or evidence that Hwiu Shan and a party of Buddhist monkst from Afghanistan discovered America in the fifth century, by Edward P. Vining, — New-York, 1885.

The iccelandic discovers of America, or honor to whom is due, by Marie A. Brown. — Boston, 1888.

The history of the discovery of the new world by Columbus. — By Frederic Saunders. — London, 1893.

1 *Colón en el Ateneo.* — Apuntes de crítica histórica por Miguel Carrasco Labadía. — Madrid, 1892.

ticia, y por esa equivocada consideración se emprendió el camino de las mal llamadas reparaciones. La idea se sintetizó, tan enérgica cuanto erróneamente, en breve frase: *no es posible consentir que la deshonra de España sirva de pedestal á la gloria de CRISTÓBAL COLÓN*. Mas siendo falsa la base, fué deleznable, inseguro cuanto sobre ella se levantara.

No se cimenta la gloria de COLÓN, ni puede fundarse la de héroe alguno, en la deshonra de una nación, ni menos en la de nuestra patria. Al lado del incomparable genovés brillan con resplandor vivísimo y eterno los Deza y los Mendoza, los Quintanilla y los Medinaceli, Santángel, Cabrero, Fray Juan Pérez, la Marquesa de Moya, los hermanos Pinzón, Marchena y tantos otros insignes patrocinadores del genio; y sobre todos, y ante todos, la excelsa, la incomparable Doña Isabel, cual sol refulgente de aquella edad. ¿Cómo ha de estribar la honra de la nación que cuenta en su historia millares de hechos fabulosamente grandes, de épicas hazañas, y que ha sido cuna de santos y de artistas, de héroes y de sabios, cuyos nombres y cuyas obras se admiran en todas partes, en que algunos malvados ó envidiosos maltratasen al genio que no podían comprender? ¿Dónde no ha sido el sufrimiento patrimonio de los hombres superiores? ¿Qué reformador no ha tenido su calvario? ¿Puede un pueblo que ha dado á la civilización varones como San Isidoro, Alfonso X, Luis Vives y Murillo, como Gonzalo de Córdoba, Lope de Vega, Velázquez y Hernán-Cortés, el vencedor de Lepanto y el creador de *Don Quijote*, con tan numerosa pléyade de hijos ilustres que no es posible enumerarlos ni recordarlos; puede, digo, sentir ajados sus

inmarcesibles laureles, empañada la espléndida aureola de su gloria, porque fueran malos ó buenos, culpables ó inocentes, un Fonseca, un Roldán y un Bobadilla, cuyos nombres ni aun sonarían en la historia si no hubieran chocado en su carrera con astro de tal magnitud como el descubridor del Nuevo Mundo?

No; el pedestal de la gloria de CRISTÓBAL COLÓN no se levanta en la deshonra de España; se funda única y exclusivamente en su genio, en la grandiosidad de la empresa que concibió y realizó para bien de la humanidad; es que al mirarle nos asombra la grandeza del coloso, sentimos el vértigo de los abismos, soñamos la inmensidad de lo infinito y nos admira el poder de Dios. ¿No forma CRISTÓBAL COLÓN parte de nuestra historia? ¿No refleja tanta gloria sobre nuestra patria, única digna de comprender y secundar la elevación de tan alto pensamiento? — “La gloria suya es la „ nuestra, la nuestra la suya, de tal suerte, que aun puede „ decirse que las victorias de Cortés ó Pizarro fueron tam- „ bién victorias de COLÓN;„ — así exclamaba con expresiva frase el Excmo. Sr. D. Antonio Cánovas del Castillo ¹, cuyos profundos conceptos son tan respetados por los hombres más sabios de Europa.

Fué Martín Alonso Pinzón un varón insigne, un valeroso marino merecedor de eternas alabanzas, por más que en un fatal momento diera cabida en su pecho á los impulsos de la emulación, del orgullo, tal vez más disculpables en él que en otro alguno. Igual juicio puede hacerse del Rdo. Bernal Buil, del General Pedro Margarit y de muchos más que va-

1 Conferencia inaugural del Ateneo.

cilaron ante la expectativa de grandes trabajos y penalidades, y quizá juzgaron imposible la colonización á tan larga distancia, é infructuosa además por las condiciones del país en que habitaron y que sólo conocieron por el lado desfavorable, y volvieron á la Corte pintando con negros colores la situación creada por el descubrimiento al otro lado del Océano. Eran mezquinas las condiciones de Fonseca para alcanzar la trascendencia de la misión del Almirante, como la valía de Hernán Cortés, y por eso fué enemigo de ambos genios, sin duda alguna el que les causó mayores males; y no hay que hablar de Roldán, ni de tantos otros cuyos hechos mueven á horror y están juzgados con fallo irrevocable por la severidad de la historia. Pero ¿puede el juicio que de ellos se forme rebajar en un ápice, ni ofender siquiera levemente la honra de España? ¿Qué significación pueden tener, como ya decíamos, las faltas de esos individuos en la gloriosa historia de nuestra patria? ¿Qué importancia se concederá á los defectos ó á los vicios de algunos hombres en la apreciación general de aquel siglo y del siguiente, en que tantas admirables figuras descuellan, que fueron siglos de oro para nuestros adelantos y nuestra cultura?

Dignos son de estudio y de muy detenida consideración la mayor parte de los documentos con que se ha enriquecido este importantísimo período histórico. En la imposibilidad de examinarlos todos, hemos venido fijándonos en los que más han llamado la atención; y aunque tengamos que abandonar otros también de gran interés, nos ocuparemos, para concluir, del hecho más culminante, porque fué el más

grave, el más escandaloso; de aquel abuso de autoridad del tristemente célebre Comendador Francisco de Bobadilla, que ha servido y continúa sirviendo de fundamento para las acusaciones de ingratitud y crueldad con el primer Almirante que todavía se nos dirigen, á pesar de la nueva luz á que hoy se considera; acto incalificable, juzgado siempre de igual manera por espacio de cuatro siglos, y que, lejos de disculpar, debemos seguir censurando con la mayor dureza, para que no pueda imaginarse siquiera que nos hacemos solidarios de quien lo perpetrara.

Verdaderamente los primeros pasos del descubrimiento fueron penosos, desgraciados. Después de la inmensa explosión de júbilo que produjo el regreso de las carabelas, se concibieron grandes esperanzas, que por el pronto no se vieron realizadas. Los años primeros de la colonización fueron trabajosos para todos: de guerras con los indígenas y de luchas interiores; al par que de actos heroicos, de privaciones y sacrificios. Llegaban á España quejas y lamentos acrecentados por la distancia, por las recriminaciones interesadas, obscurecidos por acusaciones y calumnias. Las comunicaciones eran escasas y difíciles, las pasiones encontradas todo lo presentaban bajo siniestro aspecto..... cada cual intentaba justificar su conducta descargando en otros la responsabilidad. ¿Cómo podía llegar la verdad á oídos de los Soberanos? ¿Como había de conocerse en la Metrópoli sino entre confusión y desorden lo que sucedía en la apartada colonia?

En dos ocasiones creyeron prudente y aun necesario los Reyes Católicos enviar personas de su confianza que se informaran de la verdad en el territorio mismo donde se

desarrollaban los sucesos. Entre las ilusiones de CRISTÓBAL COLÓN, sus pinturas halagüeñas, sus exageradas esperanzas, y las repetidas quejas de muchos de los expedicionarios, aumentadas por sus parciales en la Corte y esparcidas con negras tintas y sombríos colores que conmovían la opinión, era preciso conocer con exactitud los hechos para poner remedio á los males, si es que existían. Confiaban los Reyes en las elevadas prendas de su Almirante, pero obraron con exquisita prudencia cuando tantas desgracias se anunciaban.

De la primera información, que corrió á cargo del Repostero de los Reyes Juan de Aguado, nada resultó cierto en cuantos abusos se ponderaban. COLÓN regresó á España con el juez pesquisidor, dejando la colonia al cuidado de su hermano; sus francas y leales explicaciones desbarataron sin trabajo las calumnias de sus émulos.

De la segunda, confiada al hombre cuya memoria cubre la historia con su anatema y execración, también salió justificado el Almirante....., ¡pero fué después de haber alcanzado nueva corona, la del infortunio inmerecido, la del sufrimiento, la del martirio! El Comendador Bobadilla, sin facultades para ello, sobornado, según nuestra profunda convicción¹, por los mismos rebeldes contra los que iba enviado, y á los que no castigó de modo alguno, redujo á prisión al Almirante, le privó de sus cargos, *le tomó las arcas y toda la hacienda que tenía de oro y plata y joyas*

1 *Paesi nuovamente ritrovati*.—Stampato in Milano con la impresa de Io. Iacobo et fratelli da Lignano.—MDXII.—(Biblioteca provincial de Sevilla, 83-75.)

y aderezos de su casa, y aun se aposentó en su misma casa y se apoderó de ella y de todo lo que del Almirante era ¹, y con grillos en los pies, sin haberse atrevido á verle ni hablarle una vez siquiera, lo embarcó para España con sus hermanos. ¡Qué espectáculo!

Él hace exclamar con arrebatadora elocuencia á un celebradísimo tribuno contemporáneo: ² “El que había desflo-
 „rado la virginidad del mar tenebroso, conducido con hie-
 „rros por el espacio iluminado al resplandor de su idea; el
 „que había renovado la vida, puesto por violencia dentro de
 „un ataúd flotante y amortajado como un cadáver en la re-
 „gión misma por él arrancada, con martirio sin cuento, al
 „silencio y al secreto de los abismos; el que había dado á
 „España una creación entera, privado de su libertad per-
 „sonal, ofrece un contraste de suyo tan enorme y desme-
 „surado entre lo grandioso del servicio rendido á la huma-
 „nidad y lo terrible de la pena infligida sin género alguno
 „de consideraciones á la gloria convertida en crimen, que
 „no hay medio de rehabilitar á Bobadilla ni excusarlo..”

Y para mayor lauro de nuestra patria, el pueblo entero, sin distinción de clases, se sintió conmovido ante aquella inmensa desgracia, ante aquella tremenda injusticia; “y los
 „efectos de la brutalidad, dice el mismo célebre orador,
 „se convirtieron en explosión del sentimiento nacional, que,
 „muy apartado del descubridor por aquellos días, volvió á
 „colmarle de aplausos y á tenderle palmas por su camino..”

1 *Historia de las Indias*. — por Fray Bartolomé de las Casas, tomo II, cap. CLXXX. — Madrid, 1875.

2 *Historia del descubrimiento de América*, por D. Emilio Castelar.—Madrid, 1892.]

“Contra los grillos de COLÓN, escribe otro ilustre historiador y poeta ¹, se levantó la protesta universal del pueblo español, la de sus Reyes, y quizá, quizá la de Dios mismo, puesto que permitió que los abismos del mar se abrieran casi á los ojos mismos de CRISTÓBAL COLÓN para sepultar á Bobadilla y á todos los revoltosos de la Española, enemigos del Almirante, que regresaban á España con sus mal adquiridos tesoros.”

Con tan respetables autoridades puede tenerse por victoriosamente refutado, por rebatido de todo punto, cuanto en disculpa ó atenuación del acto inicuo perpetrado por Bobadilla se ha discurrido últimamente. ¿Hemos de detenernos en contradecir la supuesta deslealtad de COLÓN como justificante de aquel acto? ¿en demostrar que son infundados enteramente los propósitos que se le atribuyen de entregar el comercio de la isla Española á los genoveses y su dominio á la Señoría de su patria, cuando allí no había más que españoles, ni llegaban más buques que los que arbolaban el pabellón de Castilla? ¿Merece citarse siquiera la absurda especie recogida con otras muchas de índole semejante por el P. Antonio Aspa en libro manuscrito, y resucitada en nuestros días, de que COLÓN llevó en el primer viaje *obra de cuarenta hombres genoveses de su nación*, de los que se valía para hacer ahorcar á los que desobedecían sus órdenes?

Mas no podemos dejar de hacer alguna observación sobre un documento recientemente dado á la publicidad, en el que

1 Discurso en el Ateneo de Madrid el 14 de Marzo de 1892, por Don Víctor Balaguer.

se ha creído encontrar un justificante de los imaginarios cargos que al Almirante se dirigieron de resistirse á cumplir los mandatos de los Reyes, el indicio de su propósito de levantarse en armas y, por lo tanto, la disculpa de la maldad del Comendador Bobadilla.

Nos referimos al traslado de la carta de los Reyes, publicado nuevamente por la noble é ilustrada Sra. Duquesa de Berwick y Alba, Condesa de Siruela ¹, á cuyo pie aparece la notificación que de la misma se hizo al Almirante y la respuesta que éste dió, que es de la que se han tratado de deducir aquellas consecuencias, que de todo tendrán menos de exactas. El documento es importantísimo; pero en nada cambia ni añade cosa alguna á lo expuesto por el P. Fray Bartolomé de las Casas, y, antes por el contrario, viene á confirmar su imparcial y verídico relato, dejando bien á descubierto el mal proceder del Comendador: “Des-
„ pachó un Alcalde con vara, con sus poderes y los trasla-
„ dos de las provisiones, *la tierra adentro* — escribe el
„ Padre las Casas ²— para que las notificase al Almirante y
„ á los que por allá hallase, el cual lo tomó ya venido al
„ Bonao..... Notificadas las provisiones reales, dijeron que
„ respondió el Almirante, que él era Visorey y Gobernador
„ general, y que las provisiones y poderes que el Comen-
„ dador traía no era sino para lo que tocaba á la adminis-
„ tración de justicia. „ Luego añade, que *desde á pocos*
días le envió nuevo requerimiento con la carta que los Reyes le dirigían, y habiendo hablado largamente con

1 *Autógrafos de Cristóbal Colón y papeles de América.*— Madrid, 1892, pág. 39.

2 *Historia de las Indias.*— Loc. cit.

el Tesorero Juan Velázquez y con un Religioso Francisco, portadores de aquella, determinó el Almirante ir con ellos á Santo Domingo. Más adelante, en el capítulo siguiente, y como complemento de la narración, dice: “ Llegó el Almirante, y vále á ver, y el recibimiento que „ le hizo fué mandalle poner unos grillos, y metelle en la „ fortaleza, donde ni él lo vido ni le habló más, ni consintió „ que hombre jamás le hablase. Cosa pareció esta absurdí- „ sima, descomedida y detestable juntamente, y miseranda „ y miserable..... „

Lo mismo expresa COLÓN en su notabilísima carta á Doña Juana de la Torre, escrita para que la conocieran los Reyes Católicos, y cuando Bobadilla acababa de tomar posesión del Gobierno de aquella inusitada manera, diciendo: — *ni le fablé, mas ni consintió que fasta oy nadie me aya hablado: y fago juramento que no puedo pensar porque sea yo preso; y cierto estaría al afirmarlo así de que no podía aquel negar ninguno de los atropellos de que se quejaba* ¹.

La notificación hecha al Almirante, y que enriquece con un dato oficial lo dicho por el Padre las Casas, está concebida en estos términos: “ En xv dias del mes de Septiem- „ bre de MD años se noteficó esta cédula de sus Altezas ori- „ ginalmente en faz é presencia del Señor Almirante. Tes- „ tigos, Pero Lopez Galindez é Francisco Velazquez é Se- „ bastian Docampo é Juan Perez de Najar é otros muchos. „ El Sr. Almirante respondió que él tiene cartas de sus „ Altezas al contrario desta; por ende, que pide por mer-

¹ *Códice diplomático Colombo-americano.* — Génova, 1823, pág. 312.

„ced al Sr. Comendador é requiere le guarde las dichas
„cartas que tiene de sus Altēzas..... „

No sabemos de dónde puede deducirse, leída esta notificación que textual hemos trasladado, que COLÓN estuviera en Santo Domingo al tiempo que se le hizo y en entera libertad, ni mucho menos que resistiera su cumplimiento, ni manifestara intenciones de levantarse en armas, cuando en ella *pide por merced* que se le guarden sus privilegios. Pues como estas deducciones son otras muchas, casi todas las que se han hecho, por mirar con prejuicio los documentos verdaderamente importantes que han ido apareciendo con motivo de la celebración del centenario.

Tal cual hemos procurado trazarla en concisos rasgos, reduciendo á breves cuadros las fases principales de su existencia, resulta la personalidad de CRISTÓBAL COLÓN ante la historia, después de lo mucho que se ha trabajado por completarla; pues no hay una sola, entre cuantas apreciaciones hemos consignado, que no aparezca en los libros, en los juicios de los más eminentes escritores de nuestro tiempo. Recogidos quedan en sus propios textos los conceptos de reconocidas autoridades de nuestra patria; pero tratando de exponer la idea general del centenario, séanos permitido, antes de concluir, recordar las opiniones de algunos célebres colombistas extranjeros.

“Para juzgar á CRISTÓBAL COLÓN y su pensamiento, dice „el docto escritor italiano Enrico Alberto d’Albertis ¹, para

1 *Raccolta di documenti e studi pubblicati dalla R. Commissione pel quarto centenario dalla scoperta dell’ America.*— Parte IV, volume I.—Roma, 1893.

„formar criterio exacto de sus conocimientos científicos, es
„oportuno recordar el antiguo proverbio árabe que dice:
“el hombre es más hijo del tiempo en que vive, que de su
„propio padre.....” Pero el hecho es que COLÓN, marinero
„y navegante, sobrepuja por arte y por ciencia á todos sus
„contemporáneos..... El gran concepto suyo, muy superior
„á la común levadura de los demás hombres, es imposible
„formarlo ni aun por lo que respecta á los detalles de la
„parte técnica, si sólo se toman en cuenta las cualidades de
„un simple piloto, de un navegante que contara tan sólo con
„una mediana experiencia. Era necesario para tal obra una
„inteligencia excepcional, constancia y fe inquebrantables
„ayudadas por la ciencia, para sostener la vacilante fe del
„marino en una travesía tan larga, por un mar desconocido
„todavía, y que la ignorancia y las absurdas creencias de
„los marineros hacían aún más temible.”

“Cuando se ve cómo COLÓN citaba en sus cartas la auto-
„ridad de Aristóteles y de Séneca, en cuanto á la forma de
„la tierra, dice como síntesis de sus apreciaciones el emi-
„nente escritor Theophilo Braga ¹, y llevaba consigo la *Ima-*
„*gen del mundo* de Pedro d’Ailly, y conciliaba las palabras
„del Evangelio y las de San Agustín, con la esperanza de que
„la palabra de Cristo llegaría á un continente nuevo, se ob-
„serva cómo en ese sincretismo de ideas é imperio de creen-

1 *Centenario do descobrimento da America.—Memorias da comissão portugueza.* — En Lisboa: typ. da Academia das Sciencias, 1892. — Contem. (Centenario da descoberta da America, por Theophilo Braga.)

„cias que en los otros espíritus se manifestaba por la duda,
„hallaba su temperamento de visionario el esfuerzo para
„caminar decidido y convicto á través de las ficciones secu-
„lares hacia el descubrimiento de la realidad.”

“El descubrimiento de América era el problema domi-
„nante en todas las inteligencias especulativas y políticas,
„porque correspondía á la mayor necesidad de la civiliza-
„ción occidental..... Cupo á CRISTÓBAL COLÓN, por su perse-
„verancia á través de todas las preocupaciones religiosas y
„científicas y de todo el empirismo ignorante de los gobier-
„nos, el rematar esta epopeya.....”

Por último, el ilustre colombista Próspero Peragallo, después de examinar cuantos escritos se han publicado, se expresa así en su última obra ¹: — “Si la historia ha
„estigmatizado los mezquinos caracteres de aquellos hom-
„bres que tuvieron mayor ó menor parte de influencia ma-
„léfica en la vida agitada y en los infortunios de CRISTÓBAL
„COLÓN, supo también rodear con espléndida aureola á los
„muchos personajes que con él tuvieron consideración, le
„socorrieron, le animaron y cooperaron dignamente al
„éxito de su inmenso proyecto..... Observemos: COLÓN,
„después de inútiles tentativas y de esfuerzos inteligentí-
„simos para hacerse comprender por los sabios de la na-
„ción más culta y entonces más atrevida en punto á nave-
„gaciones y descubrimientos, cual lo era la portuguesa,

1 *Disquisizioni colombine*.—Studi di Prospero Peragallo.— Número 1.—Lisbona: Tip. Nazionale, 1893.

„ después de las repulsas más ó menos disimuladas y de los
„ tibios ofrecimientos obtenidos de Francia y de Inglaterra,
„ en vez de dirigirse, si no á Génova, recordando que *nadie*
„ *es profeta en su patria*, á lo menos á Venecia, prefirió la
„ nación española para ponerla de su parte en sus designios.
„ Y era tanta la fe que tenía en conseguirlo, que perseveró
„ muchos años en su porfía, siempre lleno de esperanza.....
„ y la esperanza no le engañó. La España lo comprendió al
„ cabo, y gracias á ella fué descubierto el Nuevo Mundo. —
„ He aquí una gloria que todo el mundo le envidia en vano,
„ porque es suya, propia y exclusivamente suya. „

De buen grado continuaríamos citando las muchas obras notables de reputados autores extranjeros, tales como el inglés Clemente R. Markham ¹, el alemán Juan Fastenrath ², y otras igualmente importantes, pero sería interminable tarea y cansar demasiado vuestra benévola atención.

Así se nos presenta CRISTÓBAL COLÓN después de los trabajos del centenario, después de cuatrocientos años de su maravilloso descubrimiento. No puede escribirse la historia de aquel período extraordinario, ni las aventuras de aquel puñado de héroes, ni la vida agitada del grande hombre que simboliza tan asombrosa hazaña, sin que el alma se sienta presa de emoción indescriptible, sin que el entusiasmo mueva las fibras más sensibles de nuestro corazón, y sin

1 *Life of Christopher Columbus.*— By Clements R. Markham.— London, 1892.

2 *Christoph Columbus.*— Studien von Johannes Fastenrath.— Dresden und Leipzig, 1895.

que al exponer aquellos hechos prodigiosos que, aun después de estudiados en documentos auténticos é indudables nos parecen fábulas, tome parte la imaginación y los anime con sus vivos colores, con el ardor de la fantasía, con la exaltación de los sentimientos. No basta con el estudio. Para escribir la historia es necesario sentirla. Es indispensable condición que el historiador conozca con verdad las épocas y los personajes, sepa vivir con ellos, animarse con sus hazañas, padecer con sus sufrimientos, seguirlos en sus desgracias y en sus triunfos, para que lo escrito, teniendo por base única la realidad, la presente con calor y vida y traslade, en cuanto es posible, á los lectores, á los tiempos mismos en que ocurrieron los sucesos. Para esto, para concebir la historia como un todo orgánico y vivo, no basta, según la opinión de un célebre crítico ¹, “la letra muerta de „ los documentos, pues si así fuera no habría historia mejor „ que un archivo bien ordenado, y hasta sería ilícito y aun „ pernicioso todo comentario.”

Con ese criterio, á un tiempo mismo severo y amplio, por más que parezca implican contradicción estos términos, con exactitud y con amor, es como debemos estudiar la época de los descubrimientos para poder formar idea verdadera de hombres tan extraordinarios y acontecimientos tan maravillosos.

Conocido más aún de lo que estaba, apreciado con mayor verdad merced á las controversias mismas, y con

1 Discurso de contestación al del Sr. Marqués de Pidal en su recepción en la Real Academia Española, el día 3 de Marzo de 1895, por Don Marcelino Menéndez Pelayo.

aureola más refulgente brilla CRISTOBAL COLÓN después de tanto como se ha discutido sobre su empresa, sus conocimientos y su carácter. Pero ¿es que COLÓN no tuvo defectos? ¿Quién lo pone en duda? Los tuvo como hombre, que hombre era y no ángel; no los tuvo como descubridor. Túvolos como Alejandro, como César, como Gonzalo de Córdoba, como Dante y como Shakespeare, como Cervantes y Napoleón, á los cuales nadie regatea la fama porque fueran soberbios ó codiciosos, informales, violentos, apasionados y hasta crueles en ocasiones. La posteridad sólo ve en COLÓN el hombre superior, el genio. Le contempla siempre sobre el puente de su carabela, durante la obscuridad y el silencio de la noche, con la mirada fija en el cielo y tratando de penetrar en el lejano misterioso horizonte, ó con los ojos llenos de lágrimas de gratitud al Supremo Hacedor al arrodillarse en las primeras tierras de las Indias que había descubierto.

Desde su muerte hasta hoy el mundo se ha transformado. Desde que la humanidad se unió en estrecho abrazo por aquel providencial viaje; desde que los hijos de Occidente pudieron mezclar la savia de su actividad, de su inteligencia, de su fuerza, al tronco robusto de la civilización del mundo antiguo, el progreso fué rápido, los adelantos asombran y se vuelve la vista con entusiasmo, con gratitud, con verdadera adoración, hacia el genio que tantos beneficios produjo, rompiendo las barreras que de consuno cerraban el miedo y la ignorancia y abriendo las puertas de la Edad Moderna.

Por eso en todos los países se ha sentido la emoción producida al cumplirse el cuarto centenario de aquel aconteci-

miento, que, repetimos, no tiene semejante en la historia de los hombres. El entusiasmo ha hecho brotar las manifestaciones más ardientes, y por cuantos medios están hoy á su alcance se afanaron por celebrar tan precioso recuerdo. Porque hoy, cuando han pasado cuatro siglos, es cuando se puede comprender sin dudas ni errores la trascendencia de aquel momento sublime en que COLÓN y sus compañeros pusieron el pie en una pequeña isla perdida en la inmensidad del Océano. Entonces pudieron tal vez algunos espíritus de poco alcance, mezquinos y positivistas, medir la importancia de la empresa por los desembolsos que exigía, por el sacrificio de hombres que ocasionaba y los exiguos productos que se iban obteniendo; entonces pudo decirse que el Almirante solamente había llevado la bandera de España á unas islas de poca significación y menos beneficio, y morder el pedestal de nuestra gloria con la falsa noticia de que aquellas tierras habían sido visitadas antes. El Almirante debió exclamar entonces: ¡oh ignorancia, siempre eres la mismal ¡Oh envidia, veo tu faz por todas partes y reconozco tus dardos traidores! Y si humillado por sus detractores no llegó á decirlo, porque se escondían á sus ojos las incalculables consecuencias del pensamiento que llevó á cabo, nosotros lo podemos asegurar sin temor de que se nos desmienta. El descubrimiento fué una revolución profunda, que no puede estudiarse sin conmoción, ni mirar sin asombro siempre creciente su importancia en la historia. El pensamiento de COLÓN fué el más fecundo de cuantos la mente del hombre ha concebido. En el mundo que él descubrió ha nacido otra civilización hija de los grandes principios que allá llevaron los descubridores, hija de la de Es-

paña, y ya rival de la del mundo antiguo, que se presenta en nuestros días poderosa y activa, disputándonos la primacía en industria y artes, llamando sobre sí la atención con sus adelantos científicos, y poniéndose á nuestro lado para continuar con su influencia, sus recursos y su admirable movimiento, el progreso de la humanidad hacia la perfección.

HE DICHO.

NECROLOGÍA

DEL

EXCMO. SR. D. AURELIANO FERNÁNDEZ-GUERRA Y ORBE

Día de luto fué para las letras españolas el 7 de Septiembre de 1894, porque en él dejó de existir el Excmo. Sr. D. Aureliano Fernández-Guerra. Verdadero sabio, castizo y elegante escritor, varón honrado como el que más, laborioso y modesto como muy pocos, era notable entre aquel gran número de hombres ilustres que imprimieron carácter á la evolución literaria contemporánea, llamando con preferencia la atención de la juventud hacia los estudios arqueológicos, y llevando con su ilustrada crítica á toda una generación, de la que puede llamarse maestro, á nuevas y profundas apreciaciones sobre la literatura de nuestro siglo de oro, por rumbos mucho más conformes con el movimiento filosófico de la época presente.

Por la solidez de sus estudios, por la templanza de su carácter, por la madurez de su juicio, fué siempre persona de buen consejo, y gozó desde luego consideración muy superior á sus años. Respetado de cuantos le conocieron, lo mismo en los centros de instrucción que en los literarios, en las Academias y en las Sociedades, se comprendió que al morir se perdía un irremplazable maestro, siendo dolorosísima la impresión producida en los cariñosos amigos que admiraban las dotes elevadas de su inteligencia y se aprovechaban de sus lecciones.

Numerosas obras han cimentado su reputación. En este bosquejo sólo vamos á reseñar algunas de las principales; pues, como ya dejamos indicado en otro lugar, el juicio crítico de todas y el examen especial de cada una de ellas han de tener muy pronto ilustradísimo y competente historiador.

Mucho tiempo antes de salir de Granada, había dado muestras

de la viveza de su ingenio en diferentes artículos y poesías publicados en los periódicos literarios de aquella hermosa ciudad. No le impedían las ocupaciones del foro, á las que se dedicó muy joven adquiriendo bastante crédito, consagrar sus ratos de ocio á la amena literatura; y con el ardor natural de los pocos años dió al teatro tres composiciones dramáticas, que todas fueron bien recibidas del público, si hemos de atender á lo que de ellas dijeron célebres críticos en aquella ocasión. Verdad que tuvo la suerte Fernández-Guerra de que fueran intérpretes de sus dramas no menos que Matilde Diez y Julián Romea, que á la sazón representaban en la ciudad de Boabdil. Muy buenas noticias tenemos de LA PEÑA DE LOS ENAMORADOS y del ALONSO CANO; pero dejamos á un lado ambas producciones porque no hemos logrado verlas, y para hablar de la tercera de sus obras en esta época, que se titula LA HIJA DE CERVANTES y no llegó á imprimirse, de la que el mismo autor, que la calificaba de *hija predilecta de su corazón*, nos comunicó curiosos pormenores cuando le pedimos el manuscrito para darlo á la estampa, con motivo del aniversario de la muerte del autor del *Quijote* en el año de 1875; y enriqueceremos así al propio tiempo, con una carta literaria, inédita é interesante, esta breve necrología.

“No es mi voluntad, amigo muy querido, sino un deber de conciencia, quien exige no dar á luz después de treinta años una obra de mi niñez, sin que vuelva al yunque, procurando no quitarle nada de su frescura y lozanía. ¿Quién sabe si providencialmente me hace Ud. sacar de los empolvados legajos de los estudios de toda mi vida la segunda obra dramática de mi pobre ingenio, la que escribí con más inspiración á veces y con amor más grande á toda hora? No creo yo que gane en profundidad ni en juicio este poema (Cervantes, con razón, sostiene que el poema se puede y debe escribir en prosa); pero estoy seguro de que desaparecerán algunos juicios aventurados, algunas imputaciones calumniosas á personajes históricos, á quien, en verdad, hay que tratar con estimación y respeto, y sobre todo algunos hechos que la experiencia y el estudio han venido á demostrar ser falsos.

„Dios me dé vida para que desaparezca de mi drama calumniada la que se llamaba hermana de Cervantes, para dar al carácter de D. Gaspar de Ezpeleta la propia fisonomía que tiene y que aparece claramente á mis ojos, y para discurrir un último acto que no sea la entrada y profesión en el convento de la hija de Cervantes y su madre. Un documento histórico ha venido, como Ud. sabe, á patentizar la ligereza con que Navarrete dió sér á la fábula del monjío de Doña Isabel de Saavedra, y lo muy inútil é infructuoso del trabajo que malgastó el discreto é ingeniosísimo Director de la Academia Española en los libros de las Trinitarias, buscando á la hija del rey de los escritores españoles.

„Hoy me parece que mi drama puede concluir de un modo mucho más bello que antes, de no menor interés, más conforme al gusto constante del público y más propio de un monumento literario, porque sin verdad ó gran verosimilitud no hay belleza.

„Tenemos, pues, que esperar pocos meses; y en cuanto yo termine mi refundición, Ud. será juez de si he estropeado el trabajo antiguo, ó si, por el contrario, he hecho una obra meritoria á los ojos de los que aman á Cervantes y el mayor brillo de nuestra literatura.....”

Aún duraban en los oídos de Fernández-Guerra los aplausos que alcanzaran sus obras en el teatro, cuando nombrado Subsecretario del Ministerio de Gracia y Justicia el Excmo. Sr. D. Manuel Ortiz de Zúñiga, Fiscal de la Audiencia de Granada, le llamó á su lado como oficial de su mayor confianza, contando apenas veintiocho años.

Muy poco tiempo después era ya conocido y apreciado su mérito en el círculo literario de la Corte, donde no era fácil por entonces hacerse notar, pues brillaban en él escritores de tan gran reputación como Hartzbusch, Bretón de los Herreros, Zorrilla, García Gutiérrez y otros muchos de todos admirados y célebres ya en la historia. En el año 1846 publicó D. Antonio Ferrer del Río su *Galería de la literatura española*, y daba cabida en ella á D. Aureliano Fernández-Guerra con el siguiente juicio: “Este ingenio sabe mucho y escribe poco; su lenguaje es florido,

„terso y de singular gallardía; no son de bulto los accidentes de „sus dramas; sin embargo, hay en ellos pasión y gentileza. Hace „excelentes versos, como lo demuestran sus romances, dados á „luz en *La Alhambra*, y prefiere la prosa para sus dramas *La „Hija de Cervantes* y *Alonso Cano*, aplaudidos, aquél en Málaga „y Granada, y éste en la Corte.„

En colaboración con su entrañable amigo el gran autor dramático D. Manuel Tamayo y Baus, escribió *LA RICA-HEMBRA*, que se representó por vez primera el 20 de Abril de 1854, y se ha conservado en la escena hasta fecha muy reciente, por su relevante mérito en todos terrenos, pues lograron sus autores hacer un drama histórico lleno de pasión y de poesía, sin que por eso se falte un punto á la verdad de la historia.

Á esa misma época corresponden también sus primeras obras de carácter científico, que desde entonces se sucedieron sin interrupción, dando mayor fama á su nombre. Conocidísimos son dentro y fuera de España los trabajos arqueológicos, tanto epigráficos como histórico-geográficos, que merecieron á Fernández-Guerra envidiable concepto de los más reputados sabios extranjeros, tales como Mr. Emilio Hubner, Mr. R. Dozy, el Comendador Rossi y otras lumbreras de la arqueología; pero, aunque preciosos y por extremo interesantes en su mayor parte, son en tanto número, que con pena renunciamos á su examen para llegar á la más importante y conocida de todas sus obras, cuyas alabanzas no dejan de repetirse cada día. Fué, sin duda alguna, su mayor triunfo el de la publicación crítica de las obras de Don Francisco de Quevedo, en las cuales ha dejado un verdadero monumento, que asombra por la erudición y por la conciencia con que está hecho hasta en los menores detalles, habiendo logrado fijar un texto puro de nuestro gran escritor, que servirá siempre para sus ediciones de hoy en adelante, presentándolas libres de tantos y tan graves errores como las afeaban, y que á veces las hacían ininteligibles.

La pasión por el gran satírico moralista era hereditaria en Fernández-Guerra; habíala recogido de su padre, docto catedrático de la Universidad de Granada, que logró reunir buen número de curiosísimas ediciones de las obras de aquel ingenio y muchos

papeles importantes relativos á los sucesos de su vida. Esta fué la base, y sobre ella levantó la incansable laboriosidad de nuestro llorado compañero ese admirable trabajo, que es al propio tiempo gloria para Quevedo y para su ilustrador, y también para las letras patrias. Largos años, puede decirse que su vida entera, consagró á labor que era tan de su gusto.

Modelo en su género por el método riguroso y clarísimo y por la pasmosa erudición que por doquiera se encuentra en ella, es la VIDA DE DON FRANCISCO DE QUEVEDO VILLEGAS puesta al frente de la edición de sus obras que empezó á publicar en la *Biblioteca de Autores Españoles* el año de 1852. Nada más completo, más nutrido de noticias, más enriquecido con documentos, ni más lleno de novedad, que aquella narración destinada á que el lector se identifique con el personaje y conozca no solamente los hechos todos de su existencia, sino hasta los móviles que le guiaban en sus acciones, y la sociedad política y literaria en que vivía.

Si algo puede compararse con ese perfecto estudio biográfico, superándole sin duda en la profundidad de los conceptos, es el admirable DISCURSO PRELIMINAR en que fijó los caracteres del inmenso talento de Quevedo, dando á conocer toda la elevación, toda la trascendencia de sus miras, aun en las obras que parecen más frívolas, pues "afrontaba la colosal empresa de reformar las
„ costumbres y la gobernación de la monarquía en los reinados
„ del tercero y cuarto Filipo, y había de ser por necesidad políti-
„ co profundo, teólogo, asceta, moralista, filósofo, y, lo que pa-
„ rece un delirio, poeta."

Bajo tan nueva faz conocemos á Quevedo merced á los trabajos de D. Aureliano Fernández-Guerra, presentándose en toda su grandeza como hombre y como escritor ante las generaciones, que casi no le admiraban más que como satírico y aun por el lado más desfavorable. Verdaderamente es de lamentar que, por razones que no debemos analizar en este sitio, ese monumento literario quedara incompleto; mas como quiera que á su muerte tenía el ilustre Académico perfectamente concluído el tomo de *Poesías*, uno de los más importantes, y sin duda el de mayor trabajo y curiosidad, que debió publicar la *Biblioteca de Autores*

Españoles, todavía hay la esperanza, harto fundada, de que ese libro vea la luz, colmando los deseos de los amantes de las letras y la fama del colector.

Otros trabajos de igual indole y no menor interés fueron saliendo de su pluma sucesivamente. Recordaremos entre muchos la NOTICIA DE UN PRECIOSO CÓDICE DE LA BIBLIOTECA COLOMBINA, de cuyo opúsculo hizo una bellísima edición después de haberlo incluido como apéndice en el tomo I del *Ensayo de una biblioteca española de libros raros y curiosos*, y en el que dió por primera vez á la estampa la carta inédita de Cervantes á D. Diego de Astudillo; la LECCIÓN POÉTICA SOBRE LAS CELEBÉRRIMAS QUINTILLAS DE DON NICOLÁS FERNÁNDEZ DE MORATÍN, que no fué impresa hasta el año 1883; y CERVANTES ESCLAVO Y CANTOR DEL SANTÍSIMO SACRAMENTO (1882); acogidos todos con singular aprecio por los eruditos.

Las Reales Academias de la Historia y de la Lengua no tardaron en nombrarle su individuo de número, premiando así sus merecimientos al par que reconocían la importancia de sus estudios é investigaciones. Tomó posesión en la primera el 4 de Mayo de 1856, y en la segunda al año siguiente de 1857, leyendo en aquélla un interesante discurso sobre *la Conjuración de Venecia de 1618*, y en ésta otro no menos notable sobre *la personalidad del poeta Francisco de la Torre*; y desde aquéllas fechas nunca dejó de tomar parte en todas las tareas de ambos Cuerpos científicos, siendo numerosísimos los informes, estudios y trabajos de toda especie que se le encomendaron, además de los muchos que presentara por su propia iniciativa. Notabilísimos fueron, y de ellos no es posible dejar de hacer especial memoria, los relativos al *Fuero de Avilés*, que aclaran por completo la obscura y debatida cuestión de la legitimidad de tan antiguo documento de los orígenes de nuestra lengua; el estudio sobre el verdadero autor de la magnífica *Canción á las ruinas de Itálica*; el informe sobre la situación de la *Munda Pompeyana*, y tantos otros, entre los que no debe olvidarse la parte que tomara en la redacción de la *Gramática* y el *Diccionario de la lengua castellana*. Como debido premio á tan asidua laboriosidad, esta Real Academia de la Historia le nombró su Anticuário, y le confió el puesto de Bibliotecario

la Española; cargos ambos muy conformes á sus aficiones y conocimientos, que desempeñó hasta su muerte con gran satisfacción de sus compañeros.

Un suceso literario, digno de notarse, si no por su importancia por la novedad y extrañeza que ofrece, presenció la Real Academia Española en el año de 1873. Nos referimos á la recepción del Sr. D. Luis Fernández-Guerra. Había sido elegido como Académico numerario este humanista profundo, apasionado admirador de los ingenios españoles, que, después de dar una vida del célebre poeta dramático D. Agustín Moreto con datos nuevos y enteramente desconocidos, acababa de poner el sello á su reputación con el libro que tituló *Don Juan Ruiz de Alarcón*, cuadro de época completísimo, que no tiene igual en nuestra historia literaria; y en aquel solemne acto contestó á su discurso el ilustre D. Aureliano, pudiendo el público admirar á dos hermanos igualmente doctos, que se abrazaban conmovidos al terminar la ceremonia.

Trabajo tan continuado había ido minando la salud del reputado escritor; sufría constantemente, cada vez se sentía más delicado de la vista y, á pesar de las graves molestias que sus padecimientos le ocasionaban, obligándole repetidas veces á abandonarlo todo apelando al recurso de diferentes aguas medicinales, nunca cesaba en su ocupación continua y favorita, habiendo dejado inéditas multitud de monografías sobre puntos oscuros é interesantes de arqueología, de historia y de literatura. Murió al cabo con la tranquilidad del justo, con la resignación y la fe de que había dado muestra en todos los actos de su vida, con el espíritu cristiano á que había ajustado sus acciones, cuando contaba poco más de setenta y ocho años de edad.

Nacido en la ciudad de Granada el 16 de Junio de 1816, hizo allí sus estudios en el famoso Colegio del Sacro-Monte, y en la Universidad literaria, hasta recibir el grado de Licenciado en Derecho en 1840. En su larga carrera desempeñó altos cargos, que nunca codiciara, y obtuvo honores que tampoco buscó. Lo mismo como Secretario del Consejo de Instrucción pública que como Catedrático de la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Central; tanto como Director general de Instrucción que

como Senador del Reino, prestó grandes servicios al Estado, muy reconocidos y apreciados siempre; pero su nombre pasará á la posteridad y será respetado constantemente, más por las obras de su talento que por los honores que en vida se le tributaran.

Y no es posible, por más que sea verdaderamente doloroso, dar completa noticia de todas ellas. Diseminadas en los periódicos literarios y científicos por espacio de sesenta años, y en publicaciones tan importantes como el *Museo Español de Antigüedades*, los *Monumentos Arquitectónicos de España* y otras muchas, sus monografías no pueden recogerse sin gran trabajo, y sería muy difícil no incurrir en omisiones censurables. De buen grado reproduciríamos en este lugar la extensa nota de sus escritos publicada en *La Ilustración Católica* en el año 1881 por el señor D. Manuel de Cueto y Rivero, acompañando á una notable noticia biográfica, de la que hemos tomado algunos datos para la presente, puesto que consideramos harto fidedignos sus orígenes; mas en catorce años que desde entonces han pasado es ya por demás incompleta, y nos decidimos por esperar el detenido juicio crítico que, según indicamos, escribe actualmente un doctísimo y afectuoso compañero del insigne escritor al que hemos consagrado estas líneas.

JOSÉ MARÍA ASENSIO.

Se inserta este artículo necrológico en cumplimiento del acuerdo de la Real Academia de 4 de Mayo de 1894.

CONTESTACIÓN

DEL

EXCMO. SR. D. ANTONIO SÁNCHEZ MOGUEL

SEÑORES ACADÉMICOS:

Si en toda ocasión vuestros sufragios han abierto las puertas de la Real Academia de la Historia á personas de merecimientos mayores ó menores, pero de seguro bastantes, en el cultivo de las ciencias históricas, en la presente, al llamar, unánimes, á compartir vuestras doctas tareas al historiador, bibliógrafo y crítico Asensio y Toledo, no sólo habéis galardonado dignamente la vasta y sólida labor de un erudito de primer orden, en cincuenta años de estudios perseverantes y fructuosos, sino que también habéis patentizado, de modo elocuentísimo, á la nación entera, que sabéis conocer y apreciar, con amor y justicia, los trabajos de nuestros beneméritos Correspondientes en las provincias; que de buen grado les ofreceríais asiento entre vosotros, en concurrencia legítima con los doctos de la Corte, si vuestros Estatutos lo consintieran, y que cuando, como en este caso, el antiguo y laborioso Correspondiente satisface las exigencias reglamentarias, os apresuráis á ornar su pecho con la bien ganada medalla de esmaltes.

Viene el nuevo Académico de ciudad tan favorecida por los encantos de la naturaleza como privilegiada por las dotes del espíritu; tierra bendita de la lealtad y el españolismo más puro; rival, cuando no vencedora, de las más insignes de la Península y del extranjero, la ciudad de San Isidoro y San Hermenegildo, sepulcro del más santo y del más sabio de nuestros Reyes; Casa de Contratación y Archivo de las Indias; madre afortunada y fecunda de pintores como Murillo y Velázquez; escultores como Roldán y Martínez Montañés (que si no nació en Sevilla, en ella floreció y para ella creó sus *Cristos y Nazarenos*); poetas como Herrera y Rioja, Tassara y Becquer; soldados como el Marqués de Cádiz y Daoiz; marinos como Mendoza Ríos y los Almirantes Valdés y Ulloa; filósofos como Fox Morcillo; jurisconsultos como Pacheco y Cárdenas; oradores y estadistas como Rivero y el Conde de San Luis; novelistas como Mateo Alemán y Fernández y González; humanistas como Lebrija y Malara; críticos como Lista y Cañete; bibliógrafos como Nicolás Antonio y Gayangos; historiadores, en fin, como el Zurita sevillano Ortiz de Zúñiga, y los viejos cronistas del Nuevo Mundo Fray Bartolomé de las Casas y Francisco López de Gómara.

Sevillano por familia, nacimiento, educación, aficiones y estudios, más todavía, por su vida entera, transcurrida en las orillas del Betis hasta bien poco antes de vuestro llamamiento; continuador como ninguno, en la ciudad que atribuye su fundación á Hércules, de sus tradiciones eruditas é históricas; explorador infatigable y afortunado de sus archivos y bibliotecas; poseedor de una importante en extremo, sobre todo, por su colección cervantina; resca-

tador, ilustrador y editor generoso de joyas tan valiosas como el *Libro de descripción de verdaderos retratos de ilustres y memorables varones*, que dejó inédito Francisco Pacheco; autor de copiosos escritos literarios y críticos, artísticos é históricos; alma de la *Sociedad de Bibliófilos Andaluces*, que, como su hijo *El Archivo Hispalense*, ha dado á luz verdaderas preciosidades bibliográficas; Director inteligente de la Real Academia Sevillana de Buenas Letras, en reemplazo del nuevo padre de aquella ilustre Corporación nuestro insigne correspondiente Fernando De Gabriel, de inolvidable memoria; cervantista comparable con nuestro difunto y egregio Anticuuario Fernández-Guerra, á quien viene á suceder y al que ha consagrado las justas y nobles frases que hemos oído, y á las que en vuestro nombre y en el mío me adhiero por completo; americanista eruditísimo, autor de la *Vida de Colón* más extensa, razonada y amena que tenemos; promovedor principal, en fin, del moderno movimiento bibliógrafo, que ilustran con gloria eruditos tan aventajados como Montoto, Gómez Imaz, Gestoso, el Duque de T'Serclaes y el Marqués de Jerez de los Caballeros, Asensio ingresa hoy en la Real Academia de la Historia como los Grandes en el Senado: por derecho propio.

Al darle ahora la bienvenida, llevando vuestra voz, experimento, Sres. Académicos, una de las satisfacciones más grandes de mi vida. Hijo de una de las ciudades más antiguas y gloriosas del viejo Reino sevillano, la ciudad de los Guzmanes, tengo á orgullo, y es para mí eterno vínculo de gratitud y de cariño, haber recibido mi educación literaria é histórica en las aulas hispalenses y en el trato y comunicación de los ingenios de Sevilla, y que el nuevo Aca-

démico fuese de los que con mayor interés y afecto me alentasen en mis primeras tentativas y ensayos. ¡Quién me dijera entonces que en acto de la solemnidad del presente habría de disfrutar la grata y honrosa participación con que vuestra bondad se ha dignado favorecerme!

Entre los muchos é interesantes asuntos que las ricas y variadas aptitudes y conocimientos del nuevo compañero le habrían permitido escoger como tema de su discurso de ingreso, el docto americanista ha preferido oportunamente el de mayor alcance y trascendencia de todos, esto es, el examen de las últimas doctrinas y trabajos referentes á Cristóbal Colón, examen que acabáis de coronar con vuestros aplausos, y que ha evidenciado una vez más el acierto y elocuencia peculiares á su entendimiento y á sus facultades literarias. Mis enhorabuenas más cordiales por la elección y el desempeño.

La celebración del cuarto Centenario del descubrimiento de América dió origen, como era de esperar, dentro y fuera de la Península, á numerosos estudios relativos á los dos grandes é inseparables factores de aquel acontecimiento sin igual en la historia: Colón y España. Natural era que el docto americanista sevillano siguiese con vivo interés las nuevas publicaciones, estudiando cuanto en ellas se dijese tocante á las mismas cuestiones que había tratado en su *Vida de Colón*, á fin de comprobar y perfeccionar sus propias investigaciones.

La Academia, que cuenta en su seno americanistas mantenedores de distintas y encontradas opiniones sobre puntos capitales de la historia colombina, debía oír de igual modo las del nuevo Académico, que no son otras, en esen-

cia, que las que ya consignó en su obra magna, robustecidas ahora con los datos y materiales con que el Centenario ha contribuído al esclarecimiento de cuestiones sobrado graves y empeñadas para que nadie pueda osar resolverlas todas y en absoluto, máxime dada la naturaleza de los conocimientos históricos.

Por mucho tiempo la leyenda colombina y la leyenda anticolombina han de disputar tenazmente la plaza que sólo cumple de derecho á la verdad histórica. Panegiristas de Colón y panegiristas de España seguirán luchando con apasionamiento, hasta que al fin luzca el día sereno de la justicia, así para el incomparable marino genovés como para la nación generosa que amparó é hizo posible la hazaña más prodigiosa de la Edad Moderna.

Mis sentimientos y mis convicciones coinciden, de antiguo y casi por completo, en estas materias, con las del nuevo Académico, y ahí están que lo prueban los trabajos que dí á luz en el Centenario; sin que por eso deje de reconocer en ningún caso que ni está ni es posible que esté cerrada la puerta á ulteriores investigaciones, en esta, como en toda clase de controversias históricas.

Creo más, señores Académicos: creo plenamente que, á pesar de las exageraciones, aun de las injusticias con que la pasión haya podido tratarla, en lo antiguo y en lo moderno, la figura gigantesca del descubridor del Nuevo Mundo ha resistido victoriosamente los embates de la ceguera y del encono, llegando incólume á los días del Centenario, y, como dijo magistralmente nuestro ilustre Director, en su discurso de apertura del Congreso de Americanistas celebrado en el Convento de la Rábida, "en puesto

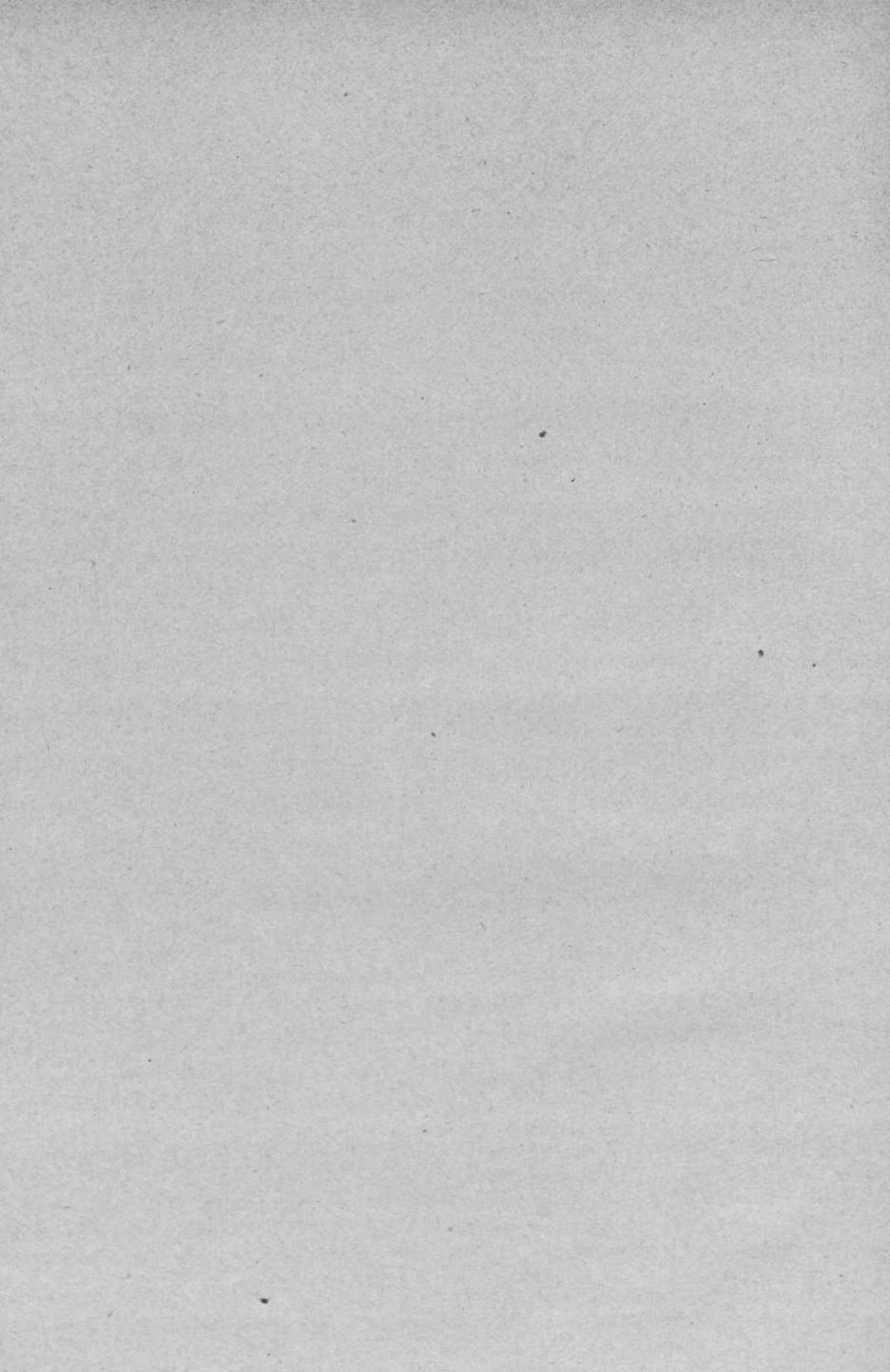
único, al que nadie puede acercarse, ni de lejos, en la Historia. „

Después de todo, por fortuna nuestra, Colón no fué considerado nunca en los trabajos del Centenario como llegó á serlo, por el mismo tiempo, en alguna de las publicaciones italianas, esto es, como simple ejecutor del pensamiento de Toscanelli; ni tratado tampoco con la crueldad incalificable con que algunos portugueses escribieron del Infante Don Enrique en los días mismos de la celebración de su Centenario, ni como tratan hoy otros, con motivo del que ha de celebrarse dentro de pocos días, al glorioso Taumaturgo de Lisboa.

Y es que las divisiones religiosas, políticas y científicas de nuestro tiempo, y aun más, si cabe, el espíritu crítico, cuando no escéptico, dominante, tenían que ejercer su propio y natural influjo aun en ocasiones tan extraordinarias y solemnes. Lo verdaderamente extraño es que se nieguen ó regateen tanto la admiración y el aplauso á las grandes figuras de la historia, y se prodiguen con largueza, mejor dicho, con verdadero escándalo, en ocasiones, á entidades subalternas, como lo prueban las apoteosis pomposas que vemos celebrar en gloria de algunas y las estatuas erigidas en honor de otras, careciendo, como aún carecen de ellas, el Cid, Guzmán *el Bueno*, el Rey Católico y tantas otras glorias indisputables y legítimas de la patria.

¡Dichosos los que, como el nuevo Académico, han sabido conservar siempre inextinguibles en su alma el entusiasmo y la admiración debidas á lo verdadero y lo justo, lo grande y lo sublime!

HE DICHO.







MARQUES DE SAN JUAN DE PIEDRAS ALBAS

BIBLIOTECA

Pesetas

Número.

752

Precio de la obra.....

Estante .

84

Precio de adquisición..

Tabla... 4

Valoración actual.....

Número de tomos.

7

752.